E.6.3-3(1)p.1

BIBLIOTECA NACIONAL
BIBLIOTECA AMERICANA
"JOSÈ TORIBIO MEDINA"

PAC 2870

COMENTARIOS A LA PASTORAL

del Illmo. y Rmo. Señor Arzobispo de Santiago, Dr. Don Mariano Casanova

SOBRE

LA INTEMPERANCIA EN LA BEBIDA

Un tema de perpetua actualidad.—Cuadro acabado.—Herencia araucana.—Las dos ocupaciones del indio, y la única ocupación del hombre del pueblo.—La embriaguez, colaboradora de la muerte.—En la sala de un hospital.—Chicha, sangre y Compañía.—Los accidentes de la embriaguez.—La maldición de los ébrios.—La razón moral y la razón física.—Un rasgo característico de la embriaguez.—Dos hogares.—La elección del pueblo.—Todos á la obra.

No sólo los que escuchamos siempre con respetuosa sumisión la palabra de nuestros Prelados, sino aún los indiferentes á las exhortaciones de la Iglesia, habrán leido con el mas vivo interés la majistral carta Pastoral que el Ilustrísimo y Reverendísimo Arzobispo de Santiago acaba de expedir acerca de la intemperancia en la bebida.

Es que el ilustre Jefe de la Iglesia chilena ha querido tratar un punto que no sólo atañe á los intereses de las almas, sino á los mas graves intereses materiales de la patria, de la sociedad, de la familia y del individuo. Con la autoridad de su altísimo puesto, con el conocimiento exacto de nuestros hábitos populares, con el acopio de una vasta ilustración, y con la elegante maestría del estilo, traza el ilustre Pastor el mas acabado cuadro,—y por lo mismo el mas sombrío y sobrecogedor,—de los funestos efectos de este vicio que desgraciadamente tiene en nuestro país los caracteres de una costumbre nacional. Ningún detalle nuevo puede agregarse á esa gran pintura, á un mismo tiempo penetrante y levantada; pero es deber de cuantos tenemos algún modo de hacernos oir de los demas, allegar nuestro esfuerzo, grande ó pequeño, á la obra generosa de regeneracion, y responder en nuestra esfera de acción al llamamiento que hace el Prelado á cuantos tengan algún interés

por la sociedad y por el hombre,—autoridades eclesiásticas y civiles, predicadores y escritores, patrones y particulares.

Toda cruzada con este objeto será siempre de actualidad:—mientras haya pobres familias desamparadas que giman en la miseria por la embriaguez de quien debería mantenerlas con su trabajo; mientras la taberna repugnante esté desolando los hogares; mientras el vino disuelva en su odioso veneno los mas dulces lazos que unen al hombre con sus semejantes; mientras el funesto vicio degrade á la creatura mas abajo del nivel de los brutos,—el grito de alarma, de dolor y de enseñanza dado por el Pastor debe quedar vibrando perpétuamente, como anatema para los viciosos, como voz de orden para cuantos de algun modo pueden trabajar en extirparlo ó reducirlo.

No es ciertamente nuestro pais el único en que la bebida hace estragos; pero es probablemente uno de aquellos en que tiene mas vastas y desgraciadas proporciones.—Nuestro pueblo conserva todavía como hábito de raza y de sangre, la costumbre araucana. El indio no tiene mas que dos únicas ocupaciones en su vida salvaje: hacer la guerra y beber. Nuestro bajo pueblo, no completamente civilizado todavía, no tiene mas que una ocupación esclusiva:—beber.

Porque el trabajo no es para él una ocupación ni un fin, sino un medio de llegar á la bebida; trabaja exclusivamente para poder embriagarse. Tener un rancho propio en que poder dormir, no le importa; tener vestidos para la higiene del cuerpo y para combatir los rigores de las estaciones, no ha pensado jamás en ello; tener asegurado un pan que comer, no le inquieta, porque sabe que en ningun caso se morirá de hambre; ponerse á cubierto, por el ahorro, de las contingencias del mañana, no sospecha lo que es.

Lo único que lo preocupa es tener con qué comprar su vino ó su aguardiente, porque sabe que eso es lo único que no se le dará de limosna, lo único que no puede adquirir sino con su propio dinero. Por eso es también el único motivo y el único impulso que tiene para el trabajo.—Cuando tiene salud, la tierra es grande y no falta un rincón de suelo en que tirar el cuerpo por la noche; cuando está enfermo, la caridad le abre los hospitales; cuando muere, la fosa común recibe sus últimos despojos.

Si el aguardiente no existiese, ó si él pudiera procurárselo, como se procura un pan cuando tiene hambre, pidiéndolo á la primera puerta donde llega ó al primer transeunte que pasa, nuestro bajo pueblo no trabajaría, no encontraría objeto alguno al trabajo.—La bebida es, pues, su estímulo, su impulso, su fin, casi su misión.

*
* *

La indigencia profunda en que vive la ínfima capa social no proviene de falta de trabajo ó de su mala remuneración; viene de la bebida.—Con lo que un hombre del pueblo gasta en beber, con lo que la embriaguez disminuye

sus fuerzas y sus dias de trabajo, con lo que la abstención le haría ganar en salud, en vigor físico, en tiempo y en despejo intelectual, tendría de sobra para darse todas las comodidades compatibles con su condición.

La taberna vacia los hogares para rellenar los hospitales,—y despues la fosa común de los cementerios. Lo que esta matanza estúpida y formidable del alcohol importa en dinero, es incalculable.

Estamos en estos momentos en plena temporada de la chicha.

Una monja de Caridad, una de estas santas vírgenes que por un prodijio celeste más se limpian y purifican á medida que mas tocan todas las podredumbres y repugnancias humanas, me decía que junto con iniciarse la época de la chicha, había que ensanchar las salas de los hospitales y colocar nuevas camas. Son las tabernas que comienzan á auxiliar abundantemente á la Enfermedad y á la Muerte.

Los accidentes que produce la embriaguez son interminables. Para formarse alguna idea de ellos, es necesario visitar por algún tiempo los hospitales, este triste escenario en que va á producirse el último acto de todas esas tragedias.

No recuerdo la inacabable enumeración que me hacía aquella piadosa Hermana, al atravesar como rayo de luz angélica por entre las camas de la sala que íbamos recorriendo. Un grupo de individuos se pone á beber en una taberna; cualquiera discusión no tarda en formarse; la sangre está quemada y envenenada, la cabeza está turbia, el corazon late mal, los peores instintos se agitan en la fiebre, y la palabra, torpe y grosera, cede al cuchillo: uno ó dos cadáveres van á la Morgue y uno ó dos heridos al hospital.

Un individuo sale de la taberna, bamboleante, estrellándose, sin mirada en los ojos, sin ideas en el cráneo, sin firmeza en las piernas, sin fuerzas en el cuerpo: ó no tiene rancho donde ir á dormir, ó no alcanza á llegar en aquel estado á su rancho; cae pesadamente al suelo, sobre la acera húmeda y fangosa de una calle de arrabal, y allí pasa la noche, una noche de invierno, cargada de nieve y de pulmonía; la mañana siguiente lo encuentra cadáver, ó la pulmonía lo mata en pocos dias.—Un hombre va por la calle cayéndose y levantándose, golpeándose pesadamente contra las paredes ó el pavimento; el policial lo recoge i lo envía á su cuartel, donde se le encierra preventivamente en un calabozo infecto, sin aire, sin luz: aquel hombre se echa inerte sobre el suelo, con el inconmovible sueño de la embriaguez, mientras el tósigo le roe las entrañas; al otro día hay que sacarlo del calabozo para el cementerio porque la intoxicación alcohólica ha hecho su efecto.—Un ébrio ha tropezado en los rieles del ferrocarril, y ha caido rendido por el sopor del vino y sin fuerzas para volver á levantarse; un tren que pasa arroja por diversos lados sus trozos descuartizados, sin que sea posible reconocer ni siquiera quién es el muerto.—Vacilante con los vapores del aguardiente, un hombre va por el tajamar, á la orilla de un canal, junto á una gran acequia, por cualquier paso peligroso; tropieza y cae, para ser recojido después cadáver.—Un hom-

bre ha caido en medio del camino, imposibilitado por la embriaguez para moverse; sus propios compañeros de vino pasan después junto á él, le quitan cuanto lleva, lo dejan desnudo, es de noche, y la fiebre interna junto con la intemperie exterior concluyen después la obra de muerte.

Pero, lo repito, los accidentes de la embriaguez son innarrables. Lo único fijo, positivo, clasificado, es que los mas afortunados van á despertar de su borrachera al hospital, otros en la cárcel, la mayor parte en el cementerio. El hombre del pueblo que se pone á beber puede tener la certidumbre absoluta de que le es forzoso elejir entre uno de esos términos. No sé si el pueblo alcance á comprender el tremendo horror de morir ébrio, de ser habitualmente dado al vino. Es el apóstol quien ha lanzado el formidable anatema, hablando á nombre del justiciero, del inapelable Dios de la templanza: *neque ebriosi regnum Dei possidebunt*,—los ébrios no verán á Dios.

*
* *

Junto con la enfermedad y la muerte, brota también el crimen de entre los turbios y sanguinolentos vapores del vino.

Moralmente, es lójico que el puñal salga de la embriaguez, como la sangre de la herida. Puesto que el hombre que se entrega á la bebida ha comenzado por abandonar cuanto es querido y grato para la creatura humana, mujer, hijos, amigos, honra, dignidad, no tiene ya freno alguno que lo sujete. Perdida la razon y la conciencia, y roto todo lazo de unión entre él y sus semejantes, no tiene otro impulso que obedecer sino el que le dé el vino, que es siempre impulso de bestia.

Mas de una vez, algunos hombres de estudio, deseosos de neutralizar siquiera en parte los efectos de la bebida, han procurado encontrar alguna manera, un medicamento cualquiera, que concentre los efectos del vino en el estómago, dejando libre la cabeza. En este caso, los bebedores encontrarian el límite natural de la bebida en la resistencia de su propio estómago, que, mas allá de cierta cantidad, no soportaría recibir nada. — Todo trabajo ha sido inútil; es sin duda una maldición de lo alto la que pesa sobre el vino, de embrutecer al que abuse de él, y el esfuerzo del hombre no podrá nada para suspender este anatema superior á él.

Y luego, es evidente que lo que el vicioso busca en el vino es precisamente la embriaguez: aunque se encontrase la manera de evitarla, el bebedor no la usaría.—Así, ningún vicio tanto como éste, lleva en sí mismo el sello de lo irracional y de lo maldito: el que fuma recibiría con placer el medio que se le diese de librarse de los efectos del tabaco; el entregado á la gula no desearía otra cosa que una manera de que sus excesos no le hiciesen perder el estómago; y el lujurioso recurriría sin vacilar á lo que lo salvase de las repugnantes consecuencias de su vicio, y le diese siquiera las apariencias del

hombre casto. Solo el bebedor no aceptaría el medio de que el vicio no le produjese la estúpida embriaguez.

En eso consiste su placer idiota, eso busca en el vino, el embrutecerse, el perder la luz de la razón, la claridad de la mirada, la facultad de la palabra, hasta la libertad de los movimientos.

Y por eso también, junto con ser consecuencia moral de la bebida, el crimen es su consecuencia física, su resultado patológico.—Las alteraciones que produce en el cerebro, la fiebre que lleva á la sangre, las perturbaciones profundas que causa en el estómago, desequilibran por completo el funcionamiento normal del organismo, orijinan un estado ficticio y febril, excitan los nervios, provocan el disgusto, la cólera, los arrebatos violentos; los cuales no contenidos por la meditación ni el raciocinio, son los impulsos únicos y dominadores á que la criatura queda entregada, incapaz de saber lo que hace, incapaz de medir sus consecuencias.

Es también en el libro eterno, en el que enseña la verdad infalible, en donde está escrito:—el vino engendra la cólera y amontona grandes ruinas!

*
* *

A un mismo tiempo que todo eso, por detrás de la bebida asoma el espectro demacrado de la miseria.

Aun no nos es dado ver en nuestro pais el dulce cuadro de la felicidad sencilla y risueña en la pobreza. La taberna se traga todos los jornales que deberian llevar luz y sonrisas á los hogares humildes. No sé qué efecto de sobrecojimiento y de espanto me produce un detalle que mis lectores han podido presenciar mas de una vez por la calle: un chiquillo harapiento y sucio, á veces una pobre chiquilla, llevan en la mano una botella ó un jarro con aguardiente ó con vino. Es su propio padre,—á veces la madre!—quien los ha mandado á la taberna á buscar el veneno. Los pobres chiquillos no han comido, ni el padre ni la madre tampoco; el dinero de la comida, el único dinero que hay en el desmantelado rancho, va gastado en aquel jarro.

En el interior del rancho no se ven mas que las huellas del vicio; un colchón destrozado en que duermen todos juntos; los que no caben, se acuestan sobre el suelo desnudo. En un rincón, un montón de cenizas, en las cuales se hace algún plato que comer,—cuando se come. Todo sucio, todo nauseabundo, todo malsano. Un hombre ébrio, medio echado sobre el suelo, y que no piensa mas que en seguir bebiendo. Una mujer despeinada, con todo el cuerpo señalado por los golpes del otro. Y los chiquillos pudriéndose desde temprano en medio de aquella podredumbre física y moral. El corazón se oprime allí, y se desearía respirar otro aire, presenciar otros espectáculos.

Por desgracia, el espectáculo atrayente de la limpia casita risueña del obrero sobrio y laborioso es una difícil escepción entre nosotros. Se encuentran, sin embargo, buscándolos entre los obreros de San José. Todo cambia aquí;

hasta la luz que baña los cuartitos modestos y aseados parece bajar de arriba como una sonrisa de bendición. En la pequeña alhacena, junto con los platos de loza ordinaria pero brillante, no falta el pan ni la carne. Hay también vino,—sí, está la botella de vino!—pero el vino que vigoriza, el vino que Dios ha dado para reparar las fuerzas, el vino que se toma en alegre copa de familia, no el vino que embriaga, que embrutece, que mata. Colgada de la percha está la limpia ropa, sin lujo y sin superfluidades, pero lo bastante para la decencia y para la hijiene. Sobre la mesa, los libros de los niños que están en la escuela, que subirán un escalón en la esfera social, que ampararán al padre y á la madre en la vejez.

Y este obrero gana lo mismo que el otro, á veces gana menos aun que el otro. Pero no bebe,—y con solo no beber es mas rico, mas feliz, mas alegre, mas vigoroso, mas sano de alma y de cuerpo. Con solo abstenerse de las degradaciones repugnantes del aguardiente, encuentra lo mismo que el rico y á menudo mas abundantemente que los mas opulentos, todos los placeres íntimos y lícitos que forman la dicha humana: tranquilidad de conciencia, esperanza en el cielo, amor en la familia, porvenir para sus hijos, consideraciones de cuantos lo conocen,—en una palabra, la alegría en Dios y en sí mismo.

Es cosa que hace vacilar el criterio humano el pensar que el hombre creado á imagen y semejanza de Dios, colocado entre la elección de esto y de aquello, elije aquello libremente, espontáneamente, á trueque de entregarse á la embriaguez; es decir, á trueque todavía, por sobre todas las miserias, de embrutecerse, de vivir despreciado, enfermo, débil, triste y miserable.

La palabra del Jefe de nuestra Iglesia se ha hecho oir; el clero secundará activamente á su Prelado; los católicos responderán también al llamado del Pastor.—Toca á las autoridades civiles emprender por su parte igual cruzada; la obra no es únicamente el cumplimiento de un deber religioso; es un deber de patriotismo y de humanidad.

BIBLIOTECA NACIONAL

Imp. Católica de M. Infante—Santo Domingo, 86.

Biblioteca Nacional
362083